

sionados admiradores; y entónces él solo es el defensor mas abnegado de las víctimas que condena. Pero si no son ficciones, porque ellas formen un cuerpo de doctrina, nos prometemos que del arsenal de su misma doctrina, nos proveerémos de armas para el combate, ciertos de que serán las mas á propósito para nuestra defensa.

Pongamos fin á este artículo preliminar, advirtiendo que si suscribimos éste y los que sigamos escribiendo, no es porque creamos que nos puede resultar alguna gloria literaria, pues carecemos de las dotes que para alcanzarla se requieren; á ello nos mueve tan solo el amor que tenemos á nuestras creencias, por las que estamos dispuestos á hacer hasta el sacrificio de nuestras vidas, y de cuya defensa no queremos ni debemos avergonzarnos.



EXAMEN GENERAL DE LA MORAL DEL PADRE RIPALDA.

ARTICULO II.

El Catecismo del padre Ripalda es un código de inmoralidad. Hé aquí uno de los varios motivos de querrela con el autor de los «Bosquejos.» ¿Por qué? le preguntamos. «Lo escrito, escrito,» responde. ¿Por qué? le volvemos á preguntar. Y él contesta con la elocuencia del silencio.¹

Ciertamente, por honor suyo y para ventaja nuestra, hubiéramos deseado que no solo hubiese sentado su tesis, sino que, como hombre entendido, la hubiera desarrollado y presentado á la consideracion del público sensato, con todo aquel peso y aquella importancia que parece atribuirle.

Aunque nosotros seamos católicos, y aunque felizmente lo sea toda la nacion mexicana, no por eso hemos abdicado de la razon, para que se pueda suponer que debemos admitir sin exámen lo que se propone por cualquiera. Por lo mismo que el catolicismo es el principio de la vitalidad intelectual, la inteligencia de todo aquel que es católico, es mas independiente, y se doblega ménos al hombre, si bien por otra parte está dispuesta á aniquilarse ante la palabra de Dios.

Así como no reputamos historia la que refiere hechos

¹ Ya escrito este artículo, hemos leído en el *Federalista* de antier, que se nos contestará. Han pasado cinco meses y el Sr. Altamirano no piensa en cumplir su espontánea promesa.

que no pasaron, ó cuya existencia no parece comprobada, ni historiador al que hace la historia bajo la sola inspiracion de su fantasía; así tampoco tenemos por filosofía la que dá por verdades aquellas que no lo son, ó que aun cuando lo sean, no se cuida de demostrarlas; ni por filósofo, por mas que así se llame, á quien, cuando trata de convencer, en lugar de razonar dogmatiza. Dogmatizar no es filosofar. Y realmente se desfigura, se ultraja y se deshonra la filosofía, cuando á su nombre se impone ó pretende imponer.

Al ménos la filosofía católica así procede: jamas trata de avasallar los entendimientos, sino de atraérselos con la fuerza de sus demostraciones y con la suavidad de sus maneras. Respeta la independencia de la razon, por cuanto á que por ella, aunque no solo por ella, es lo que es, es decir, la grande ciencia de la verdad. Por ella, porque con su claridad puede ver las cosas y sus relaciones: no solo por ella, porque su poder es limitado, y hay regiones á que no alcanza y secretos que nunca le seria posible penetrar. La fe y la filosofía son hermanas; y la razon y la revelacion son dos rayos de un mismo foco; sin mas diferencia que la de que para ver el segundo, se necesita haber visto el primero. No de otra manera que para ver el sol se necesita ver ántes la luz desvanecida de la aurora.

Es cosa notable y en realidad un verdadero fenómeno, que los que no hacen alarde de filósofos son los que ménos importancia dan á esa palabra, y nada dicen sin dar en seguida la razon de lo que dicen; miéntras que aquellos que á todo traen á cuento la filosofía, creen haber hecho lo bastante con solo enunciar una idea para que sea creída, reservándose *in pectore* la demostracion.

No deja de ser inconsecuencia; pero al fin, de inconsecuencias está lleno el mundo, y esto, léjos de impedir que discutamos con tal género de filósofos, nos infunde ánimo, pues lo que es inconsecuencia para ellos, es para nosotros ventaja.

No se nos eche en cara, si bajos tales auspicios salimos á la palestra, ni se nos tilde de poco caballeros porque nos presentamos en el momento de la lid con armas superiores, pues hemos brindado de antemano con ellas á nuestro adversario, que se muestra contento y satisfecho de las suyas.

Cuando al catecismo del padre Ripalda se le califica de monstruosamente inmoral, nada seria mas fácil, si fuera cierto, que justificar semejante asercion é inculcar en todos los espíritus la verdad de ella. Todas las cosas, á nuestro entender, deben presumirse buenas; y solo cuando se demuestra lo contrario, pueden dejar de tenerse como tales. ¹

Pero ya que el autor de los *Bosquejos* parece no abundar en estas opiniones, no por eso debemos dejar pasar en silencio las suyas que llevan por objeto introducir un trastorlo en el sistema hasta ahora seguido en la educacion de la niñez.

A su tésis oponemos esta otra: el catecismo del padre Ripalda, no solo no es un monstruoso código de inmoralidad, sino que lo es de la moral mas pura, moral á que no pudo llegar la sabiduría de Aténas y de Roma ántes del Evangelio, y que nunca podrán, ya no mejorar, pero ni siquiera igualar los modernos racionalistas de despues del Evangelio.

¹ *Malum non presumitur nisi probetur.*

La demostracion de esta tésis, que parecería atrevida á los que jamás hubieran leído la historia de la civilizacion, es un trabajo vulgar para los que han podido saber que ésta comenzó á desarrollarse despues de que la Buena Nueva fué promulgada, sin que los titánicos esfuerzos que ántes se hicieron, hubieran servido para otra cosa que para revelar á la humanidad su poco valer y su impotencia en ese sentido. Seria curioso hacer un paralelo entre el mas grande filósofo de la antigüedad y el mas grande filósofo racionalista moderno. El ojo ménos perspicaz, veria con una evidencia matemática, cuán arriba estaba el último respecto del primero, al exponer las máximas de la moral, al desarrollarla y al aplicarla á la conducta de los individuos. Y despues que se hubiese palpado la superioridad del uno con relacion al otro, seria mas que curioso, grandioso, poner á cualquiera de ellos ó á ambos á la vez, frente á frente del jesuita, cuyas doctrinas se califican hoy de monstruosas. Si no se cerraban los ojos ó se estaba ciego, podria el entendimiento mas obtuso distinguir que todavía mediaba mas distancia, una distancia infinita, entre el filósofo cristiano y el filósofo racionalista, que la que separaba á éste del filósofo pagano.

Podriamos, por ejemplo, fijarnos en Ciceron, ese génio tan grande como la nacion que le produjo, y en su obra *De Officiis*, en la que desarrolló con una superioridad y maestria que asombran, no los principios de su moral, sino los principios de la moral universal reinante en aquellos tiempos. Representariamos la filosofia moderna en Julio Simon que tambien ha escrito una obra con el mismo titulo, y se ha hecho notable por su fecundidad intelectual, por su buena fe y no mala lógica

en la exposicion de los principios de esa moral universal, independiente de toda religion, con que se quiere sustituir en el gobierno de las almas á la moral católica. ¹ Para representar ésta, nos fijariamos, no en esos atletas valerosos que la Iglesia en su cuna produjo con tanta abundancia, ni en esos millares de apologistas de la religion que se han ido sucediendo, dia á dia, en la defensa y en la vindicacion de aquel tesoro con que el cielo nos enriqueciera en sus bondades: no nos fijariamos siquiera ni en el padre Ripalda, cuya estatura no se mide por el autor de los *Bosquejos* con la vara de la justicia, sino que se la mira á través de una lente divergente, que reduce su talla á la de un pigmeo. No, nada de esto, sino que pondriamos por representante, por defensor de la moral católica, á una temprana inteligencia que apénas comenzase á desenmarañar la madeja de su razon y á recibir, sin deslumbrarse, los primeros rayos de la verdad, á un niño de diez años, de aquellos á quienes en las escuelas cristianas se enseña ese monstruoso código de inmoralidad, que siendo de *tan poco valer*, hoy es el objeto de la saña y de los ataques mas rudos por parte del racionalismo.

Si fuera posible devolver la vida al autor de las *Tusculanas*, no ménos que interpelar á Julio Simon, intentariamos la prueba, haciendo que ese niño fuera el que resolviese los grandes problemas que tanto fatigaron sus mentes, y contestase á las dificultades de cuyo laberinto jamas pudieron salir sus espíritus tan elevados. No hay que dudar, ese niño no solo explicaria los problemas y con-

¹ Parte de este artículo ha sido escrito teniendo á la vista el bello opúsculo que lleva por titulo: «La Moral Filosófica ántes y despues del Evangelio,» por el P. Daniel.

testaria á las dificultades, sino que confundiría en Cicerón á toda la antigüedad pagana, y en Julio Simón á todos los racionalistas de los últimos diez y nueve siglos.

Este paralelo era el que nos proponíamos hacer, ciertos de que él nos serviría de premisas, de cuya verdad fluyera la verdad de nuestra tesis. Pero como necesitábamos analizar punto por punto esas obras, compararlas y fijar sus diferencias y ventajas, comprendimos que era necesario un libro, y no era materia á propósito para un artículo de periódico. Con disgusto hemos tenido que prescindir de nuestro primer intento y limitarnos á tratar la cuestión bajo un punto de vista general, sin dispensarnos de entrar luego en algunos pormenores que no carecen ni de interés ni de importancia, y que directamente se encaminan á destruir por su base el castillo de naipes levantado por el autor de los *Bosquejos*.

La moral, para que con justicia se la llame así, debe comprender á todo el hombre, sus relaciones todas y ser la regla invariable de todos sus actos: debe estar sobre el hombre y tener una sanción que la consagre. El hombre, como mortal, tiene relaciones con el mundo: como inmortal, sin romper con éste, está ligado por medio de vínculos necesarios con el cielo. La moral, pues, que debe regir al hombre, no debe limitarse á las cosas de aquí abajo, ni dispensarse de las de la otra vida, por más que no podamos comprender lo que pase en las regiones de la eternidad.

Una moral que solo considera al hombre en sus relaciones con el hombre, con la sociedad en que vive, y con la humanidad, es una moral incompleta, es una moral insuficiente, es una moral que no llena las exi-

gencias, ni satisface las necesidades del espíritu y del corazón.

Una moral que no es superior al hombre, que no saca sus títulos de esferas que le sean inaccesibles, es una moral tiránica, es una moral contra la que se puede rebelar impunemente, y cuyo cetro, lejos de imponer, debe rendirse ante la majestad del libre albedrío. En la tierra, el hombre es el rey, y lo es por su inteligencia y su libertad. Si la moral es una planta de la tierra, lejos de dominarle está sujeta á su dominio: puede arrancarla de raíz y pisotearla en uso de su derecho.

La moral no debe ser otra cosa que la regla de las acciones, y éstas los medios para llegar al fin. No se puede llegar á éste, sin que los medios sean proporcionales, y no puede haber proporción entre lo conocido y lo desconocido. Si no se conoce el fin, es imposible el conocimiento de los medios que á él conducen, porque es imposible conocer la proporción. Se plantea un problema indeterminado.

Luego si los preceptos de la moral se quieren establecer y fijar sin tener á la vista el último fin del hombre, no hay que esperar el acierto de quien abrigue semejantes propósitos, ni motivo porque fiar en él, aun cuando acertase, pues nos faltaba saber si positivamente había acertado; y esto no podríamos conseguirlo, sin saber de antemano hácia dónde caminábamos y á qué fin nos dirigíamos.

Por otra parte, no sería posible lograr que la humanidad colocada en medio de dos caminos: uno sembrado de flores y brindando con un sinnúmero de goces y de placeres en su principio, en su medio y en su término; y otro, erizado de espigas y de abrojos en toda

su dilatada extension, sin columbrarse en él á lo léjos la mas imperceptible luz, cuyos resplandores le anunciasen la existencia, mas allá, de alguna felicidad, eligiese el segundo y abandonase el primero, pues la naturaleza humana no es mártir de sí misma, ni se complace en los sacrificios; sino que, por el contrario, en todo busca su bienestar, en todo el placer; porque, por mas que se la trate de extraviar, comprende que ha sido criada para una felicidad sin tasa y sin medida.

Si no se dá paso libre al rio para que desemboque en el Océano de donde ha salido, inundará la tierra, arrasará campos, abatirá árboles, llevará por todas partes la consternacion y la ruina, tornándose de elemento bienhechor, de fuente de vida y de belleza, en un verdadero azote y en una calamidad terrible. Si al hombre que, á semejanza de rio corre hácia su fin que fué tambien su principio, se le poné una barrera y se le dice: «de aquí no pasarás,» se le hará retroceder sobre sí mismo, impelido de una fuerza interior que le obliga al movimiento continuo, y que es infinitamente mayor que la que necesita para recorrer el pequeño espacio á que se le reduce y de donde no se le quiere dejar salir; y esa fuerza que le hubiera servido para encumbrarse á vastísimas regiones, comprimida, tan solo le servirá para ir gastando poco á poco su organizacion, hasta acabar con ella y con la vida. Nada le contendrá, y con tal de no permanecer ocioso, se ocupará de destruir todo aquello que se le presente como obstáculo, sin hacer excepcion de sus semejantes.

Sí se le inculca que su vida en el mundo nada tiene que ver con esa otra vida que entrevé, pero que no se explica: si se le cierra la puerta de comunicacion entre

la mansion en que vive como desterrado y la otra mansion en que debe habitar eternamente como en su verdadera patria, se le matan sus mas bellas esperanzas, se le encadenan sus aspiraciones mas nobles. Y entónces, la virtud desgraciada: ó es una demencia ó un argumento contra la justicia del Hacedor Supremo. El vicio será entónces el único estado natural del hombre; y en vano se le querrá enfrenar, sin que por eso mismo se violente su naturaleza. La felicidad, pues, corresponderá de derecho á quien solo es digno de la execucion, y la desgracia será el único patrimonio de la virtud.

Pues bien, esta moral fué la moral del paganismo, y es la moral hoy llamada universal, panacea con que quieren curar los múltiples males de la sociedad los filósofos racionalistas. Unos y otros se acuerdan en aislar al hombre de toda comunicacion con Dios: en poner un tupido velo entre él y su fin supremo, al que todos los fines secundarios deben estar por una necesidad de consecuencia, subordinados. Unos y otros prescinden en realidad de la otra vida; y si miran, como entre sombras reales ó artificiales, la inmortalidad del alma, allí se detienen, sin atreverse á dar un paso mas adelante.

Pasemos una ligera revista, si no, á la moral de Ciceron. Elegimos á Ciceron, porque en su carácter de tradicionalista, recogió las máximas de todas las escuelas, y las codificó, por decirlo así, y porque además, escribió con juicio y con discernimiento. Pues bien; al dar los fundamentos de su moral, no pasa de la sociedad, sino que se adhiere á ella, como á la única piedra capaz de sustentar un edificio que extima gigantesco. La sociedad, para él, es el interes general, y el interes general

es la justicia. Ni una palabra acerca de la influencia que la moral pueda tener en la otra vida, ni una sola sílaba acerca de la inmortalidad del alma frente á frente de ambas. Es cierto que habla de los dioses, y que pone en la categoría de los primeros deberes, los relativos á la Divinidad, pero no se ocupa de decir cuáles sean estos. ¹ Pero lo que es mas monstruoso todavía, es, que despues de establecer los principios de su moral, al descender á las aplicaciones, él mismo destruye su obra, cavándola en sus cimientos, que á eso equivale nada ménos acomodarla, como la acomoda, al carácter, temple y costumbres mas ó ménos austeras del que debe de encontrar en ella la inflexible regla de su conducta.

Así, por ejemplo, justifica el suicidio en Caton, y lo reprueba en sus compañeros de armas. ² Y como los temperamentos son diversos hasta lo infinito, una será la moral para Bruto, otra para Octavio y otra para Ciceron. No, lo que moralmente es bueno ó malo, lo es siempre y en todas partes, lo es para todas las situaciones de la vida y para todas las personas. El freno que se puede romper no es freno.

¡Y quién lo creyera! El mismo camino siguen los filósofos racionalistas, despues que han pasado con pausada lentitud casi diez y nueve siglos. Para ellos el progreso está solo en las formas.

Nos hablan de Dios, es cierto, con un lirismo que cautiva; pero esto es á mas no poder, y porque no les es posible borrar lo que el cristianismo ha escrito en los corazones con caracteres de diamante. Nos hablan

¹ *De Offic. L. 1.—CXIV.*

² *Id. l. 1. XXXI.*

de Dios, pero rompen el pacto de alianza que ha celebrado con la criatura, y le presentan como extraño á su suerte é indiferente por su destino.

Escriben gruesos volúmenes acerca de la inmortalidad del alma; quieren gobernar ésta durante su paso por el mundo, ¹ pero la dejan solitaria y sin consuelos al despedirse del cuerpo en los bordes del sepulcro. «La inmortalidad del alma, dicen, es la última palabra de la ciencia y de la vida;» ² y siendo la última palabra de la ciencia y de la vida, ¿para qué hablar, ni cómo poder hablar de lo que pasa mas allá, aunque sea lo que mas interesa al hombre, y lo que decide de su último destino? Por otra parte, ¡qué bella confesion de la filosofía! Existe otra vida puesto que el alma es inmortal; pero la ciencia enmudece, no puede pronunciar una palabra en presencia de ella, porque es incapaz de comprender lo que pasa en aquellas elevadas regiones. Se reconoce impotente precisamente en lo que mas se necesita de su ponderado poder. ¡Atrás racionalistas, paso franco á la fe que sube mas alto que la filosofía: paso franco á la revelacion que recorre órbitas mas luminosas que la razon: paso franco á los filósofos católicos, que con el dogma en una mano y la ciencia en otra, son capaces de llegar en un dia adonde jamas llegaríais vosotros si sobrevivierais á todos los siglos!

Nos hablan de una vida feliz para los buenos, pero nada dicen de los malos. ¿Qué les importa su suerte? ³ *Para los buenos una esperanza sin límites: para los perversos una duda terrible.* ⁴

¹ Jules Simon: *Le Devoir*, 3^{ra} edicion, prefacio.

² *Le Devoir*, p. 324.

³ Rousseau, citado por Jules Simon, p. 347.

⁴ M.—Th.—Henri Martin, citado tambien, p. 94.

¡Indolentes! ¿en dónde está vuestra filantropía? Qué diferencia entre vuestras crueles declamaciones y la sublime caridad de Aquel que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

«¡Un castigo, una recompensa! son cosas en que solo se interesa la curiosidad del vulgo. Para la filosofía es nada haber demostrado la inmortalidad del alma, *si no puede describir punto por punto* esas tierras desconocidas hácia las cuales el tiempo nos arrastra.»¹

Entonces la filosofía debe callar y de nada nos debe hablar; pues nada, ni el átomo mas imperceptible, puede describir *punto por punto*. Newton fué un soñador y un necio, cuando se empeñó en ímprobos trabajos para fijar las leyes de atracción de los cuerpos y las de la luz que compone y recompone sin mas auxilio que el de su prisma, siendo así que le era imposible describir *punto por punto* lo que pasa en los globos que forman nuestro sistema planetario, y que en un rayo solo del fluido etéreo encontraba misterios inexplicables y profundos.

Asientan una verdad y retroceden ante sus consecuencias. Verdaderas Penélopes: con las mismas manos que tejen la tela durante el dia, la desbaratan durante la noche.

Moral sin Dios, sin una alma inmortal y sin una vida eterna para los justos y una vida tambien eterna para los malvados, no se concibe. Es preciso que la primera piedra de su edificio quede asentada sobre la idea del supremo fin del hombre, para que semejantes verdades no sean estériles ni infecundas. Y la filosofía del paganismo se aduna con el racionalismo de hoy para levantarle sobre movedizas arenas.

¹ La Religión natural, p. 327.

Solo tiene razon de ser el crimen, que vendrá á ser el estado natural del hombre. En vano se le querrá enfrenar sin violentar por eso mismo su naturaleza. La felicidad le corresponde de derecho. ¿Adónde iriamos á parar?

La moral, pues, que no se funda en Dios, ni se relaciona con el conocimiento del fin último del hombre, será todo, ménos una regla que enfrene el vicio y dé estímulos á la virtud. Por el contrario, la moral, que deriva sus títulos de aquella voluntad santísima, y se sensibiliza al hombre, confundiéndose hasta cierto punto con su destino, llena todos los vacíos y es la fórmula con cuyo auxilio se resuelven todos los problemas.

Esta pregunta, pues, *¿Para qué fin fué criado el hombre?* y esta respuesta, *Para amar y servir á Dios en esta vida y despues verle y gozarle en la otra;* pregunta y respuesta que se hacen y se dan los niños de nuestras escuelas, que han aprendido el catecismo del Padre Ripalda, es el fundamento filosófico, á la vez que el fundamento teológico de la verdadera moral. En vano se han fatigado, se fatigan y se fatigarán los moralistas del racionalismo, por encontrarle otro. No conseguirán mas que enredarse en un intrincado laberinto, mucho mas intrincado que el de Creta, y que perderse en sus oscuras profundidades.

Considerada, pues, la moral del padre Ripalda, bajo el punto de vista general, en su parte constitutiva y radical, y en los más simples elementos á que pudiera reducirse, se lleva la ventaja sobre la moral de los paganos y de los filósofos racionalistas; porque es una moral que comprende á todo el hombre, y abarca todas sus

relaciones; porque es una moral superior al hombre y está fuera de la órbita á que se extiende su poder; porque es una moral que se escuda con una eficaz sancion y la única generadora del orden, enemiga implacable del vicio y madre llena de consuelos de la virtud.

Solo esta moral, que es la mensajera de las dulcísimas esperanzas en los lances mas críticos y tormentosos de la vida, ha podido inspirar á Corneille este diálogo sublime, que conmovió los corazones, excitó la admiracion y arrancó los aplausos.

Félix.

Conducidle, soldados, y cumplida
Sea ya la sentencia fulminada.

Paulina.

¿Adónde le llevais? dónde?

Félix.

A la muerte

Polinto.

A la gloria! 1

Solo esta moral, terrible azote del crimen, pudo dar á Racine los negros colores con que pintara el remordimiento en la espantable desesperacion de la incestuosa Fedra; aquella mujer que huye á sepultarse, para no ser vista, entre las sombras de la *noche infernal*, y que retrocede luego, porque allí está su padre, próximo á dejar caer de entre sus manos *la fatal urna*.

Esta moral que regocija al justo aun en medio del martirio, y hace temblar al malvado en los momentos

1 Estas últimas palabras son arrebatadoras en el original frances.

Pauline.

Où le conduisez-vous?

Félix.

A la mort.

Polinecte.

A la gloire!

mismos en que apura con avidez, pero sin llegar á la saciedad, la dorada copa del placer, es la sola moral divina, la moral cristiana, la moral de la santidad, la moral de la civilizacion y del progreso, la moral de la fraternidad y de la libertad, la moral del hombre, la moral de la sociedad, la moral de la humanidad toda, la moral que ha regenerado, civilizado y salvado el mundo; es, en suma, por más que el autor de los *Bosquejos* la condene y la anatematice, la moral que de una manera sencilla, clara y accesible á las tiernas inteligencias de los niños católicos de México, compendia en su pequeño catecismo, el grande, el ilustre, el virtuoso, el sapientísimo jesuita Gerónimo Ripalda.